

IRVING LOUIS HOROWITZ *

FACTORES NO ECONÓMICOS EN LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA GUERRA FRÍA

Resumen

EL PROBLEMA de convertir la industria de guerra en empresas de carácter pacífico, lo cual por primera vez está siendo objeto de posturas serias desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial, más aún, el centro de la atención ha sido la posibilidad del proceso de transición para todo el complejo industrial.

El propósito de este artículo es explorar los factores no económicos que producen una barrera entre el saberse posible el proceso de esta reconversión y la adopción de medidas prácticas hacia la reestructuración industrial. Cinco son las objeciones principales individualizadas para su examen: la ausencia de conciencia sobre el problema de la conversión; la expansión hacia nuevas actividades industriales que dependen íntimamente de la continuación de la producción armamentista; la creencia de que los armamentos son los guardianes de la solidaridad social; la culturización hacia medios de convencimiento y cohesión y el temor de que la conversión industrial encauzaría hacia el abatimiento de la Alianza Occidental.

Estos factores son detenidamente examinados y se encuentra que son esencialmente insubstanciales. El artículo sugiere medios para hacer frente al problema del desarme en sus aspectos sociológicos como concomitantes a la adopción de una política económica pacífica, basados en que los gastos ocasionados por la política armamentista han generado un profundo des-

* Irving Louis Horowitz, St. Louis Missouri, profesor asociado de Sociología y Antropología en la Universidad de Washington. Es autor de *El juego de la guerra; Estudio de los nuevos civiles militaristas* (1963); *Juegos, estrategias y paz* (1963); *Radicalismo y revolución en contra de la razón* (1961); *El concepto de la guerra y la paz en la filosofía contemporánea* (1957), y es asiduo colaborador de publicaciones académicas.

contenido social que sobrepasa ya sus supuestos beneficios; pero ningún cambio radical de orientación en la producción de la industria norteamericana será puesto en práctica hasta que se desvanezcan las dudas sobre el futuro de su economía, o hasta que el clamor que por su propia seguridad levante la humanidad haga posible la imposición a la adopción de estos cambios.

Factores no económicos en la institucionalización de la guerra fría

Cada vez que surge el problema de los costos y beneficios que la carrera armamentista engendra, existe la propensión a manejarlo desde el punto de vista económico; quizá esto deba ser así, puesto que la banca y la moneda son los determinantes de lo que puede hacerse para alterar el aparato industrial, de una complejidad insospechada, y acrecentado más aún durante un cuarto de siglo de dedicación al manejo de contrastes militares. Pero hasta los más connotados economistas han indicado claramente que el diez por ciento del ingreso nacional directamente avocado a la producción de armamentos no es una necesidad desde el punto de vista económico,¹ y aunque existen cálculos exactos sobre el proceso, costos económicos y cambios de mano de obra que hacen posible la transición, estos estudios permanecen en el olvido debido a consideraciones meramente sociales y políticas y a la imperdonable negligencia en algo tan trascendental y tantas veces depuesto, la realización de una economía pacífica.

Este es obviamente un problema trascendental y extremadamente difícil, que solamente puede ser respondido con evasivas. Para confrontar éstas premisas directamente se separará cada una de las consideraciones principales, y en seguida se indicarán las medidas que podrían reducir la cantidad de gastos que se efectúan con fines militares a un costo social *mínimo*.

Lo que sigue está incluido en dos premisas: la primera de carácter ético; la segunda, político.

1ª La tarea más trascendental a la que se enfrentan los norteamericanos es el desarme y no la prevención, esto es, una paz basada en la institu-

¹ Véase, por ejemplo, Emile Benoit en "Alternativas para la producción de la defensa", *El desarme y la economía*. Editado por Emile Benoit y Kenneth E. Boulding (New York, Harper & Row, 1963), pp. 203-220; Emile Benoit: "Ajustes económicos para el desarme", *Factores económicos sobrellevados por el mantenimiento de la paz* (Nueva York. *The Institute for International Order*, 1960); y William S. Royce, "Economía en el desarme", *The Nation*, vol. 195, núm. 6 (septiembre, 1962), pp. 105-109.

cionalización de una ley universal, respetuosa de los límites jurídicos de la soberanía interna, incluyendo la producción de armamentos, y no una paz basada en lo que ha dado en llamarse "Un delicado equilibrio de Terror".²

2º Acuerdos bilaterales entre Este y Oeste, específicamente entre los Estados Unidos de Norteamérica y la Unión Soviética, los cuales pueden y deben ser posibles e inmanentes;³ tales tratados bilaterales cortarían a través de la niebla retórica en que unilateralistas y los amenazadores militaristas civiles han tratado de ocultarlos; ni moralismo ni irresponsabilidad pueden ser admitidos ante la trascendencia de un acuerdo. Lo primero que debe ser considerado y que por su evidencia ha sido menospreciado, es que la simple ausencia de responsabilidad de que una economía en permanente pie de guerra lleva implícitas amenazadoras consecuencias. El hecho es que muchos norteamericanos relacionan la idea de un trabajo permanente y sus consecuentes beneficios económicos a la carrera armamentista, la cual les proporciona un buen *standard* de vida y condiciones de trabajo, salarios elevados y a menudo un crédito profesional.

Siendo así, el estudio del conflicto internacional ha sido profesionalizado e institucionalizado a un grado inconcebible. No se requiere de un determinismo económico para darse cuenta que tales beneficios ahogan la necesidad de reducción en la tensión a través de la consecuente reducción en la producción de armamentos. Llevado a un sentido más amplio, la producción de armas favorece al personal militar, y a todas aquellas operaciones de mantenimiento en esta industria en todos sus aspectos. Las industrias de armamentos presentan elevados índices de crecimiento con riesgos mínimos, lo cual explica la resistencia al cambio; los siguientes datos son reveladores de estos índices de crecimiento:

Los gastos del Departamento de la Defensa han sufrido un incremento de Dlls. 19.8 billones en el año fiscal de 1951 a 43 billones en 1961, es decir, más del ciento por ciento de crecimiento, el cual sobrepasa cualquier otro de la economía norteamericana. En la actualidad las compras de bienes y servicios del Departamento de la Defensa son iguales a casi el 10 por ciento del ingreso nacional; la proporción alcanzó el 48 por ciento durante la Segunda Guerra Mundial y el 12 por ciento en la Guerra de

² Irving Louis Horowitz, *El juego de la guerra: Estudios de los nuevos civiles militaristas* (New York. Ballantine Books, 1963); y *Juegos, estrategias y paz* (Philadelphia. American Friends Service Committee, 1963).

³ Irving Louis Horowitz, "Moralidad política y políticos inmorales", *Council For Correspondence Newsletter*, núm. 25 (abril, 1953); "Sobre la moralidad de un acuerdo", *The Correspondent*, núm. 28 (julio-agosto, 1963).

Corea, pero fue, por supuesto, menor en la guerra fría. Un cambio abrupto en la naturaleza de las amenazas externas probablemente causaría innegable elevación inmediata de las inversiones nacionales dedicadas a la producción de armamentos.⁴

El problema con la mayoría de las empresas actualmente dedicadas en forma directa o como subsidiarias a esta producción, no es el que tengan temor a la conversión del equipo o procesos, o que crean que son pocas sus posibilidades de supervivencia dentro de una producción dedicada a abastecer una economía pacífica, sino que, simplemente, ninguna planeación se ha efectuado para dar ese giro económico en un sentido no militarista. La producción pacífica no se siente como una necesidad debido a los síndromes de salarios elevados y ganancias exorbitantes que permanecen inalterables en la economía norteamericana desde 1949, cuando por primera vez la nación entró en una movilización parcial para su defensa y cuando las recesiones se llevaron a cabo, en la de 1949; la Guerra de Corea y su consecuente aumento en las inversiones militares mitigó un poco sus efectos económicos.

En un estudio industrial con miras futuristas, hecho por Phillip Shabecoff y Joseph Lelyveld, reconocieron que la mayoría de los contratistas "no tienen idea por el momento de cómo planear una reducción efectiva en los gastos para la defensa". Unas cuantas compañías solamente se encuentran confiadas en que podrían hacer una transición más o menos sin tropiezos hacia una producción pacífica, y muy pocas reportan que han efectuado planeaciones de largo alcance para realizar su conversión.⁵ El consenso general entre los fabricantes y contratistas es que ningún cambio habrá de realizarse, y si así ocurriese, tendría que resolverse con un sentido pragmático que debe interpretarse como más subsidios por parte del Estado; existe una profunda inhabilidad en los contratistas para la defensa, tales como Lockheed y Aircraft, General Dynamics, Boeing Company, North American Aviation, etc., para tomar seriamente su propia aptitud en producir como empresas descentralizadas, ya que han sido acostumbrados a los subsidios gubernamentales provenientes de ingresos privados algo radicalmente diferente a lo que acontece en el libre juego de la oferta y la demanda en un mercado simbólico, así, la apatía en la

⁴ Murray L. Weidenbaum, "Problemas para el ajuste de las industrias de la defensa", *El desarme y la economía, op. cit.*, pág. 67.

⁵ Philip Shabecoff y Joseph Lelyveld, "La industria para la defensa impide una posible reducción armamentista", publicado en *The New York Times* (agosto 16, 1963), pp. 31-37.

necesidad del desarme se halla reforzada por la ausencia de un capitalismo competitivo.

Los correctivos para esta irresponsabilidad institucional requieren en su separación de objetivos un claro planeamiento, los intereses nacionales deben ser separados de los comerciales, en esta forma deberá entenderse que las motivaciones de la política nacional son mucho más importantes que aquellas que pudieran tener los contratistas para la defensa, este razonamiento elevaría el interés por la conversión por el simple factor de supervivencia.

Cuando lo anterior haya sido hecho, cuando las restricciones de la producción armamentista hayan sido efectuadas, el establecimiento de ellas como simples negocios probará ser más benéfico en el mantenimiento de altos índices de productividad y poder de contratación, pasado el relativamente breve periodo de crisis.

El senador George McGovern ha propuesto la reducción en cinco mil millones de dólares en los gastos armamentistas; pero, lo que es más importante, ha indicado las formas en que los efectos de esta reducción podrían ser mitigados y aun superados. Primeramente propuso que todas aquellas industrias que tuvieran más del 25% de su producción dedicada a la defensa fueran requeridas a formar y establecer un comité que estudiase los medios de conversión y superación de las alternativas que podrían acarrear la pérdida de contratos para la defensa. Segundo, propuso la creación de un Comité gubernamental dedicado exclusivamente a proteger y asistir a aquellas empresas en proceso de reconversión. Lo que la hace relativamente simple, es la concentración de contratos en pocas pero poderosas empresas, corporaciones y constructoras en ingeniería que prestan servicios especializados; esto haría posible la conversión sin enfrentarse a una total dislocación de la industria nacional. Un economista ha estudiado la conversión de 22 mil millones actualmente aplicados a la producción armamentista en un plan de esfuerzo a corto plazo en una producción de carácter civil.⁶

Otra contribución para aumentar más aún el actual estado de inconsciencia a este problema ha sido la aseveración de los nuevos civiles militaristas que aseguran que "el control de los armamentos no reduciría el costo de la defensa nacional";⁷ pero lo que no se ha considerado es la

⁶ William Vickrey, "Estrategia fiscal para el cambio de Dls. 22 mil millones a la economía civil." *Estrategia para la seguridad americana*, editada por Seymour Melman, New York. Lee Offset (Distribuidores, 1963), pp. 21-25.

⁷ Thomas C. Schelling y Morton H. Halperin, "El control de armamentos no reducirá el costo de la defensa." *El armamento y su control*, E. W. Lefever, ed.

posibilidad de que una política de desarme redundaría necesariamente en la reducción de tales costos, lo cual ha provocado la no disposición de los directivos de las grandes empresas de armamentos a efectuar los cambios necesarios y ver en cualquier política en este sentido una amenaza a su prosperidad económica creciente, esto, emparejado al temor concomitante de que una producción de tipo comercial no sería costeable, ha hecho de los contratistas para la defensa la fuerza más conservadora de la sociedad norteamericana. Lo que se hace necesario para descongelar estas actitudes es una tajante política federal que indique que el control armamentista es solamente la primera fase del proceso, realizada la cual, la administración federal deberá asistir a la apertura de empresas altamente monopolizadas y dedicadas a la producción pacífica, tales como automóviles e industrias electrónicas. Existe la necesidad de nuevas inversiones en industrias antiguas, así como en la creación de nuevos tipos de producción comercial, la iniciativa federal capacitaría a los contratistas para la defensa en la realización de la conversión pacífica. Un periodo decreciente de ajuste no necesariamente implicaría el dirigirse hacia calamidades industriales o a la bancarrota, y aun la extensión de dicho periodo se pondría en duda, puesto que los economistas modernos están en posibilidad de hacerle frente con un porcentaje mínimo de desajuste. Una sola cosa no es posible para los contratistas de la defensa, amurallar o detener el crecimiento del gasto federal para propósitos civiles, lo que ineludiblemente irá en detrimento progresivo de los avocados para la defensa; llamar a un gasto socialista y al otro patriótico es simplemente confundir el sentido de la dirección de la economía federal, tratando de desvirtuarla mediante concesiones monetarias.⁸

Un segundo problema en el gasto de la defensa es el de que muchas nuevas industrias han surgido como resultado de la guerra fría. Siendo el problema de la General Electric una simple reconversión, el de la General Dynamics es surgir por primera vez a la producción pacífica; las industrias de guerra no tienen ninguna agencia preparada para conversiones no planificadas, y puesto que esto es aplicable también a muchas firmas dedicadas a contratos militares, los argumentos tradicionales en contra de los planeamientos federales carecen de sentido. Un argumento subsidiario empleado por los manipuladores de altos ingresos obtenidos del presupuesto es que este tipo de producción armamentista favorece e incrementa el progreso científico y sus aplicaciones; el punto débil de este

⁸ John Kenneth Galbraith, *La sociedad opulenta* (Boston: Houghton Mifflin Co., 1958), pp. 349-356.

raro argumento es el de que el proceso de aplicación de la invención científica es a menudo una aventura incosteable, la cual no puede ser continuada sin fuertes subsidios federales, de lo que se desprende la conclusión de que la tesis que sostiene que la producción para tiempos de paz no sólo implicará una reducción de la industria militar sino también en la tecnología científica, simplemente no es válida, puesto que lo que estaría involucrado sería la simple canalización de los subsidios federales hacia objetivos no militares, mas no su retiro de dichos fondos en el campo de la productividad.

Lo que debe ser visto con claridad es que los argumentos empleados para el uso pacífico de la industria no implica que se le considere con un criterio neomercantilista en la distribución y el equilibrio del presupuesto, y podría darse el caso de que un verdadero ajuste en la economía pueda absorber mayores y no menores inversiones federales, tales como construcción de carreteras de altas velocidades, asistencia y ayuda exterior, exploración espacial, usos civiles de fuentes de energía, pueden ser encauzados tanto en la paz como en la guerra, pero su aplicación en uno u otro sentido es algo totalmente independiente a la suma de los gastos federales o a los índices de impuestos.

El problema es, pues, de carácter ideológico. Los americanos están acostumbrados a emparentar los gastos gubernamentales con las necesidades militares, debido a que consideran el establecimiento del aparato militar con un carácter intrínsecamente nacional; pero si cualquier conversión habría de tener éxito, un concepto enteramente nuevo (al menos ideológicamente) debe ser institucionalizado, específicamente, la infusión e introducción gubernamental en el planeamiento de empresas comerciales e industriales. Sin adoptar una tendencia discriminatoria, es obvio que inversiones federales en el terreno de TVA y MVA * son tan legítimas como aquellas realizadas con fondos federales en el campo de la producción de proyectiles o aeroplanos. El argumento de que "tratar de realizar una conversión en gran escala acarrearía serios problemas",⁹ desvirtúa la naturaleza de una política democrática. Lo anterior no implica un mayor control del estado sobre los individuos, sino un reconocimiento a la necesidad imperante de un mejor control de las cosas —esto realizado en cual-

* TVA.—Tennessee Valley Authority } refiriéndose a inversiones en la
MVA.—Missouri Valley Authority } agricultura.

⁹ Richard C. Raymond, "Problemas de la conversión industrial". *El desarme, su política y su economía*, editada por Seymour Melman (Boston. Academia Americana de Artes y Ciencias, 1962) pp. 158-59.

quier proporción es indudablemente la consecuencia de una reconversión total en la iniciativa tanto industrial como científica.

Un tercer obstáculo a la conversión o reconversión es principalmente ideológico; una noción directa de las "Motivaciones Nacionales", el propósito de esta búsqueda es el de precisar las metas de los norteamericanos en definitiva, determinar la actitud de Norteamérica hacia el bloque de los países comunistas, hacia los nuevos estados emergentes y, sobre todo, hacia sus propios objetivos y ambiciones. El objeto de esta búsqueda frenética, condenada al fracaso por la naturaleza misma de una sociedad y por la gran pluralidad de objetivos y ambiciones que encierra podría quizá resolverse proporcionándole lo que Durkheim llamó "consciencia colectiva" con un sentido de cohesión social que ha llegado a ser válido aun para los retóricos de la guerra fría, en que aun el anticomunismo es una reacción negativa construida con efectos contraproducentes. Sin un programa positivo los norteamericanos afrontaron la presente década con una cantidad considerable de inmunidad proporcionada por la política de la guerra fría, y como resultado de esta inmunización tenemos la anomalía de una opinión pública fraccionada, con el sentimiento de que todo fue realizado de arriba hacia abajo y que el ciudadano común no fue tomado en cuenta, traduciéndose lo anterior en actitudes negativas hacia el servicio militar, la defensa civil y en la participación de otras actividades ciudadanas; mas, en lugar de haberse hecho ajustes en los objetivos, las operaciones políticas se tornaron aún más estridentes, reforzándose con una sobresimplificación retórica.

Miembros de las estructuras corporativas, tanto líderes como participantes, se aunaron a los procedimientos calculados por la guerra fría en vez de tratar de alterarlos, y así, la guerra fría que ha funcionado desde la postguerra con un carácter exclusivista de la política norteamericana, ha sido institucionalizada, y para alejarla de su soberbia se requeriría la reorientación política en gran escala, en la que los contratistas para la defensa son los menos indicados para organizarla y en la que los trabajadores y asociaciones de voluntarios se hallaban poco preparados para llevarla a cabo, y así, el concepto del anticomunismo, tan negativo y frustrante cual es, tiene al menos un arraigo político, la amenaza comunista sirvió para justificar la resistencia a toda clase de innovaciones sociales, lo cual lleva en sí mismo el efecto narcotizante y paralizador de toda iniciativa; pero fue considerado menos importante que la preservación de la ideología de la guerra fría, y así, el proceso combativo de la erosión, a través de una personal e intuitiva definición de los propósitos nacionales, hacen caer a los norteamericanos en un más grave abatimiento, el temor a las conse-

cuencias que acarrearía el verse inmiscuidos en algo aún más grave: un cambio no debidamente sancionado, hecho que hasta ahora está siendo reconocido, y aún así, más bien en pronunciamientos individuales, no en procedimientos públicos. El comentario de David Riesman sobre esta problemática merece seria atención: "Existe algo extrañamente regresivo en el escenario de los Estados Unidos, reduciéndose a sí mismos al grado de una nación que necesita de un destino manifiesto, para forzarlo hacia los recientemente liberados y lanzándole a gratificaciones tradicionales. Afluencia debería significar abundancia de propósitos, exploración y descubrimiento de nuevos horizontes, tanto individuales como colectivos, y puede significar un más elevado entendimiento de los propósitos de otros que aún no han alcanzado los grandes problemas de la abundancia."¹⁰

Pero este sofocante proceso descendente, esta búsqueda de uniformidad ideológica, aparentemente sin importancia y que es ya un consenso social, es la pauta del temor generalizado de que solamente se puede superar en igualdad de circunstancias, es decir, que solamente un estado burocratizado puede derrotar a otro estado burocratizado. La fuerza del conservadorismo emerge de la misma fuente psicológica que genera al comunismo en las regiones que se desarrolla; el miedo de que las estructuras que soportan al consenso democrático son más débiles que aquellas basadas en estructuras de mandatos totalitarios. Las industrias de guerra, los establecimientos militares, los ingenieros del Departamento de la Defensa vueltos estrategas, subrayan este temor, puesto que han adoptado los procedimientos políticos del campo de la política común y miméticamente reproducido métodos elistas para operar en el cuerpo político, lo cual produce efectos de *boomerang*.

El impedir la participación en la vida política del sentimiento masivo, nos lleva a una forma de individualización que busca beneficios personales en forma egoísta, sin importarles las consecuencias de tal comportamiento no solamente para el "enemigo" declarado, sino que, lo que es aún más importante, sin la debida consideración hacia las consecuencias humanas dentro de nuestra familia, nación o comunidad. La reconversión de las industrias debería tener su reflejo en la permisión de una mayor participación popular en el manejo de los asuntos públicos, y solamente aquellos que son profundamente hostiles hacia las normas democráticas podrían encontrar objeciones a tales procedimientos.

El cuarto factor en ser analizado es el del nivel medio legitimizado de

¹⁰ David Riesman, "El concepto del propósito nacional". *Council for Correspondence Newsletter*, núm. 27 (junio, 1963), p. 11.

las condiciones socioculturales, si suponemos (y me atrevería a afirmar que esto es más que un supuesto) que cualquier sociedad lanzada a un "espontáneo" conflicto termonuclear requiere una cantidad razonable de coerción, y la institucionalidad de esta coerción, hecha en forma de política por investigadores federales y congresionales, hace evidente la necesidad de un alto presupuesto militar para su mantenimiento, lo que afecta directamente las vidas de muchas gentes descritas como disidentes en relación a la guerra fría.

Puede ser considerado como infantilista el concepto de que la sola cortina consensual garantiza la participación activa en la guerra fría. El elemento coercitivo, mientras más agudizada es su limitación en los Estados Unidos por medio del balance de los "grupos de vetantes" y por las limitaciones jurídicas e históricas, mayores que las encontradas en la Unión Soviética, se halla de cualquier forma presente.¹¹

Las industrias de armamentos con su énfasis en "el mantenimiento y vigilancia de la seguridad, legitima su intervención coercitiva en las vidas de todos los ciudadanos, puesto que la próxima guerra será entre armamentos y armamentos, más bien que entre individuos, el aumento de los secretos militares genera un mecanismo de crecimiento en las formas de control; esto es más aparente en la Unión Soviética, en donde la producción de arsenales no es responsabilidad de establecimientos militares sino de agencias económicas, puesto que desde mediados de 1930 se planearon dichas agencias para cumplir con el fin señalado,¹² y, por lo tanto, tales agencias, bien sean del Este o del Oeste, tienen un vasto interés en el mantenimiento de altos índices armamentistas.

Este es un problema que corta ambas soluciones, pues es ley relativamente estable en procedimientos progresivos, el hecho de que la burocracia tiende a maximizar su poder y a sostenerlo sobre sus necesidades externas. Las organizaciones no se desvanecen simplemente porque su necesidad haya sido superada, puesto que entonces emprenden la búsqueda de nuevas racionalizaciones para su perpetuación.

Un número significativo de reportajes de prensa ha indicado la frenética interacción entre grupos de influencia política y establecimientos militares para apartar el criterio senatorial de la aceptación del tratado de prohibición de pruebas nucleares,¹³ y considerando esta evidencia, es obvio

¹¹ Irving L. Horowitz, "Opinión colectiva, conflicto y cooperación", *Social Forces*, vol. 41, núm. 2 (diciembre, 1962), pp. 177-178.

¹² Abram Bergson, *El ingreso nacional de la Rusia Soviética desde 1928*. Cambridge. Harvard University Press, 1961, p. 362.

¹³ Marquis Childs, *St. Louis Post Dispatch* (septiembre 18, 1963).

que fuerzas aún más poderosas serían movilizadas ante el intento de cualquier tratado bilateral que implicara la reducción en la provisión actual avocada a la producción de armamentos.

Es así como surge la urgente necesidad de una más amplia educación pública acompañada de un comportamiento político más inteligente. De tales tendencias a la organización de un supermecanismo coercitivo surge la más poderosa amenaza a la democracia norteamericana, y no en menor grado sirve para retardar en forma apreciable la descentralización de la autoridad en la Rusia Soviética. El valor de un programa de educación masiva concerniente al problema de transición es vital, no solamente por sus grandes alcances sobre comportamiento político, sino también como una garantía de los límites del poder coercitivo. En este sentido, un ejercicio más amplio de los derechos políticos, si bien se trata de correr el riesgo de substituir *slogans* por sentido común, lo que sería mucho mejor que vivir en una sociedad de agentes secretos. Las demandas en aumento de los científicos nucleares de que se les dé mayor libertad de movimientos y menos "secretismo", nos da la pauta de que un grupo mayor de "vetantes" es consciente de la relación entre el secretismo y la coerción.

Argumentos substanciales en contra del exceso de coerción en la atmósfera de la guerra fría, son: primero, la dificultad existente para diferenciar la coerción para que no se torne terrorismo; segundo, el secretismo social está inhibiendo los derechos tradicionales norteamericanos de comunicación y transporte; tercero, impide el crecimiento y expansión de las ciencias, las cuales requieren de amplias vías de acceso para la verificación de sus datos; sobre este punto se hace evidente que la institucionalización de la guerra fría, lejos de estimular el progreso científico, actualmente sirve para obstruirlo mediante la creación de una atmósfera cerrada a la información e intercambio de ideas. Así, la consecuencia global de la reducción en los gastos armamentistas sería la liberación de este mundo secretista; en tanto la carrera armamentista continúe no será posible adquirirla, y lo más que se puede esperar es una brillante política lista a aminorar las críticas con una venda consensual; pero ésta constituye ya una demanda lejana en la mayor participación de los ciudadanos en los altos designios de los dictados políticos, lo que implicaría una reconsideración de la naturaleza de la palabra "amistad" entre naciones. ¿Están los Estados Unidos dispuestos a "sacrificar" la participación con la Francia de De Gaulle? ¿Está la Unión Soviética dispuesta a sacrificar su hegemonía sobre el bloque de naciones comunistas, particularmente con la China maoísta, para alcanzar la meta común de la paz internacional?

No es la posición simplista de la "determinación" de América de luchar por su libertad, o la "determinación" soviética de luchar por el comunismo, se trata de la más alta determinación de preservar al género humano, a pesar de las diferencias. Una vez que las ligaduras de la guerra fría desaparezcan, el problema total podrá ser descartado.¹⁴

La lucha actual es entre aquellos que desean "enmendar" las alianzas tradicionales y aquellos que buscan un allanamiento de diferencias con los soviéticos. Las decisiones políticas marcarán en última instancia hasta qué grado la competencia pacífica mostrará la supremacía de los sistemas sociales. Es un hecho significativo de la política de esta administración (Kennedy) que esta lucha puede ser ganada, basados en la creencia de que el factor "tiempo" está del lado de América capitalista más bien que del lado de la Rusia Comunista. Donde este optimismo sea fundamentado o no, su solo señalamiento como política administrativa sirve para aumentar las posibilidades de que la conversión y reconversión de las bases industriales están en proceso.

El quinto y último punto que requiere atención es el de la concomitancia entre lo que la administración de Kennedy ha dado en llamar acertadamente con el nombre de "Industria mundial de guerra" y relaciones exteriores, en cierta medida, aunque no es fácil precisar hasta qué grado la industria mundial de la guerra es factor determinante de los cambios sociales. Los armamentos refuerzan los regímenes con los que los Estados Unidos y la Unión Soviética, respectivamente, mantienen relaciones laborales, apartando a las naciones del mundo dentro de una bipolarización continuada desde la Segunda Guerra Mundial. La monopolización de la industria pesada sirve para hacer depender al mundo de las grandes potencias hasta un grado que no podría calificarse como "saludable". El argumento enarbolado por algunos de que nosotros tenemos "aliados", en tanto que la Unión Soviética tiene "cautivos",¹⁵ simplemente ignora y desconoce los establecimientos militares tanto en América Latina como en Europa Occidental, considerados en función del mantenimiento de un *statu quo* que difícilmente se podría afirmar que constituye una

¹⁴ Charles E. Osgood, "Preguntando algunos puntos no aclarados sobre la defensa nacional". *Journal of Arms Control*, vol. 1, núm. 1 enero, 1963) p. 11. Véase también Pitirim A. Sorokin, "Convergencia mutua de los EU. y la URSS hacia un tipo de mezcla sociocultural". *International Journal of Comparative Sociology*, vol. I, núm. 2 (septiembre, 1960), pp. 143-176.

¹⁵ Henry A. Kissinger, "Los problemas insolubles de la defensa europea", *Foreign Affairs*, vol. 40, núm. 4 (julio, 1962), pp. 515-541; y también su ensayo sobre "La NATO y su dilema nuclear", *The Reporter* (marzo, 1963).

respuesta espontánea del anhelo popular. El argumento implícito es que reducir la producción de armamentos sería una invitación al caos, sobre todo en áreas en proceso de desarrollo; pero este argumento es de carácter estrictamente político. El punto de vista económico, en el reporte elaborado por la GATT * sobre medidas para el desarrollo económico de países subdesarrollados muestra que se tienen en estas regiones necesidades de tan enormes proporciones que por sí solas podrían absorber el 10% del producto nacional dedicado a la producción de armamentos,¹⁶ las necesidades de importación ascenderían en estas áreas de 27 mil millones, en 1960, a 43 mil millones en 1970, aun considerando que la tasa de crecimiento de estas áreas se mantuviera a los niveles actuales. Las necesidades de productos de consumo nacionales y la necesidad de ayuda técnica en toda clase de proyectos de estas regiones, desde la habilitación de tierras hasta la construcción de presas seguramente aumentaría. Pero el punto de vista meramente económico es inoperante, mientras que las consideraciones políticas que se aplican a las estructuras sociales de estos países en sus estructuras sociales a través de diferentes agencias provengan directamente de Washington o Moscú, haciendo el aspecto externo de la reducción en la producción de armamentos mínima, si cualquier cambio de tipo social en Latinoamérica quiere verse amenazado por la traición, entonces, la actual producción económica y su distribución debe continuarse.

Constituye un círculo vicioso. La industria de guerra impide los cambios abruptos en las estructuras sociales, y por consiguiente el atraso de estos países es usado como argumento para sostener que cualquier reducción en los armamentos empleados para evitar las crisis políticas que esta situación hace evidentes, sería desastroso. La opinión de Roger Hagan de los motivos de la polarizada simplicidad de la guerra fría ayuda a explicar el porqué de la indebida fe que se deposita en las industrias pesadas militares que sigue impidiendo la aplicación de programas reformistas en grande escala, basados en una igualdad más o menos justa y no en un suprainposicionismo.

En tanto que la carrera política de muchos congresistas dependa de su posición anticomunista, se puede inferir que la lucha en contra de este ilusionismo ha llegado a ser elemento vital para vastos elementos de nuestra sociedad. Porque respaldando a los hombres del congreso, se encuentran millones de norteamericanos cuyo modo de vida, sentido de interpre-

* GATT.—General Agreement on Tariffs and Trade.

¹⁶ Thomas C. Shelling, "Ayuda norteamericana y desarrollo económico. Ensayos críticos", *International Stability and Progress* (New York. Columbia University Press, 1957), p. 127 ff.

tación, comportamiento económico y personal interés depende de su comportamiento público patriótico e invariable. En una sociedad que trata de librarse de viejas raíces y mejorar sus valores mediante el control de patriotismo, la guerra fría ha alcanzado infantilmente niveles de locura, y es materialmente imposible alterar lo suficiente la imagen de la agresividad soviética para cimentar firmemente un acuerdo en la paridad nuclear.¹⁷

En estas condiciones, todos los argumentos económicos para la conversión y reconversión, no conectados con el Milorg (Organización Militar) y las firmas de industrias no bélicas, crean una imagen sobresimplificada de una Real Politik. Lo que puede romper este *status equilibrium*, es la bifurcación de que está siendo objeto el Bloque Comunista Occidental, y puede forzar una reconsideración de las actuales alianzas y tratados, pudiendo al menos abrir posibilidades de un arreglo pragmático en las diferencias orientales y occidentales. Pero sin un acuerdo político global, las posibilidades en la reducción de armamentos se hallarán severamente restringidas.

El problema final que permanece insoluble es que la mayoría de norteamericanos permanecen con conceptos de "deterministas económicos" y ven como necesaria la aplicación de grandes presupuestos en la producción de armamentos. Existe la necesidad de levantar una conciencia pública de grandes alcances psicológicos que permita el detrimento de la carrera armamentista. Una modesta tentativa fue hecha por las Naciones Unidas, que ha enfatizado las conveniencias de la conversión de la economía internacional a bases pacíficas.

Primeramente se conseguiría un aumento en los niveles de vida, puesto que las agencias federales dedicarían más atención al bienestar social, salud y educación. Como segundo paso, la reducción armamentista podría acelerar la tendencia a la reducción de las horas laborables, mediante la experimentación de nuevas técnicas de producción y la automatización, sin causar desequilibrios sociales. En tercer plano, la conversión de la industria traería la disminución de la tensión que lleva al aislacionismo; comportamiento anormal que produce el síndrome general de temor de que no existe el mañana. Planeamientos personales se llevarían a cabo y decrecería el afán juvenil de nuestra generación, que se traduce en comportamientos frenéticos lesivos. En cuarto lugar, la escala de valores sufriría una transformación. La fe en el poder simple podría dar camino

¹⁷ Roger Hagan, "Endurecimiento recíproco", *Council for Correspondence Newsletter*, núm. 26 (mayo, 1963), p. 7.

a la negociación a través de medios jurídicos racionales. Quinto, los contactos culturales podrían ser incrementados y las posibilidades de horizontes más amplios podrían vislumbrarse para aumentar la firmeza de los acuerdos, y esto lo sabríamos por las metas nacionales, cuando la competencia pacífica diera paso a la cooperación pacífica, las posibilidades de llegar a acuerdos *de facto* se haría posible por la similitud de sentimientos afectivos y lazos de unión, lo que aseguraría el establecimiento del mecanismo perfecto que asegurase la resolución de los conflictos.¹⁸

Recursos que actualmente son invertidos en el mantenimiento de establecimientos militares podrán ser liberados, creando en su mismo proceso las bases para el beneficio social a través del aprovechamiento integral de los recursos naturales.¹⁹ El rompimiento del Bloque Comunista como una unidad monolítica se ha acelerado con una rapidez sorprendente, especialmente cuando consideramos que la hegemonía de la democracia capitalista fue mantenida por largo tiempo, a decir verdad, siglos y no décadas. Formas nuevas de comportamiento social y de organización política son liberados, y en esta forma el temor totalitario de los *coup d'états* puede ser mitigado. Es risiblemente improbable que un aumento armamentista en cualquier proporción que fuese realizado podría utilizarse con éxito en un ataque frontal al Bloque Comunista. Las enseñanzas de Corea, Vietnam del Sur y Alemania indican que las confrontaciones militares directas son actualmente ambiguas, indecisas e incapaces de proporcionar un triunfo. Es posible que una novedosa Real Politik acarrearía, con la consecuente reducción armamentista, nuevas formas de institucionalizar el libre albedrío y normas democráticas.

Desde un punto de vista pragmático, acciones policíacas, guerrillas contra movimientos de insurgencia y mercenarios voluntarios, todos han fallado, el primero en Corea, el segundo en Vietnam del Sur y el tercero en Cuba; la época de "triunfar" en un conflicto global después de la expansión de las armas nucleares a más de una nación, ha *terminado definitivamente*. Lógicamente, la era de las derrotas también ha terminado; por lo tanto, si en el futuro las acciones militares habrán de resultar de arreglos, parece inminente y razonable sugerir la creación de agencias que

¹⁸ Cf. Consecuencias económicas y sociales del desarme. *Reporte de la Secretaría General, transmitiendo los estudios de su grupo consultivo* (New York, Departamento de las Naciones Unidas de Asuntos Económicos y Sociales, 1962), pp. 45-46.

¹⁹ Agencia de los Estados Unidos para el Control de Armamentos y el Desarme, *Las consecuencias económicas y sociales del desarme* (Washington, D. C. Agencia de los E.U. para el Control de Armamentos y el Desarme, marzo, 1962), p. 35.

lleven a cabo estos arreglos sin recurrir a la simbólica e innecesaria amenaza de exterminio.

No hay un día de paz. La realidad de la paz implica una apreciación de la naturaleza de los procesos de desarrollo económico, sociales y políticos; no existe planeación perfecta para la guerra mundial tercera, puesto que no pueden ser evaluadas todas las contingencias, de la misma manera que no existe un planeamiento para hacer frente a la conversión industrial hacia la producción no bélica. Desde otro punto de vista, la prioridad *prima facie* que en nuestra época tiene el planeamiento de la paz sobre el de la guerra, es que tanto una como la otra son producto de impulso e ímpetu. La trayectoria a ser liberada, reconversión de la producción industrial por un lado, o la continuación de la producción bélica por el otro, pueden muy bien ser decisivos en lanzarnos hacia la conquista del espacio (cooperativamente) o hacia el abismo de destrucción (colectivamente). El elemento de riesgo no puede ser eliminado, ni por aquellos que predicán el desarme o los que presionan sobre la mayor producción de armamentos. La incógnita realmente no es CUÁNTO, sino solamente QUÉ es lo que Norteamérica y la Unión Soviética están dispuestos a arriesgar.

(Traducción de Eduardo Cárdenas L.)